**Las mujeres de Galilea**

Meditación sobre Lc 8,1-3

Estamos en Galilea. Nos dice el evangelista Lucas que, muy cerca ya de iniciar la subida hacia Jerusalén, Jesús «*recorrió una tras otra las ciudades y aldeas predicando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios*».

Este último viaje por Galilea debió ser muy emocionante para Jesús. Había vivido en esa tierra desde niño, y la había recorrido anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios desde que comenzó su misión Mesiánica. Ya no lo haría más. Tenía que seguir el Designio de su Padre y encaminarse al encuentro con la Cruz. Es la última vez que Galilea, esa tierra privilegiada en la que el Hijo de Dios se hizo Hijo del hombre, y en la que vivió tantos años la Sagrada Familia, escucha la voz de Jesús de Nazaret. El Señor visitó "una tras otra las ciudades y aldeas" de Galilea despidiéndose de ellas.

El evangelista continúa: «*con Él iban los Doce y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malos y enfermedades: María la llamada Magdalena, de la cual habían salido siete demonios, y Juana la mujer de Cuza, procurador de Herodes, y Susana y otras muchas, las cuales le servían de sus bienes*».

Lucas nos invita a fijar la atención en las mujeres. Qué mujeres tan grandes. El agradecimiento las llevó a la fe y al amor. Acompañan a Jesús en Galilea y le seguirán hasta Jerusalén y, en el momento de la muerte de Jesús en la Cruz, el evangelista nos dirá: «*Estaban a distancia, viendo estas cosas,… las mujeres que le habían seguido desde Galilea*». Tampoco se alejan de Jesús cuando su cuerpo es puesto en la sepultura: «*Las mujeres que habían venido con Él desde Galilea vieron el sepulcro y cómo era colocado su cuerpo*». Ahora pueden dedicarse a preparar el embalsamamiento del cadáver, lo que ellas piensan que será su último servicio a Jesús: «*Y habiéndose vuelto prepararon aromas y perfumes; y durante el sábado guardaron reposo conforme al*

*precepto de la ley*».

En cuanto pueden se aprestan para servir al Señor: «*El primer día de la semana, muy de mañana, fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado*». Pero se van a llevar una gran sorpresa: Serán las primeras en conocer la realidad de la Resurrección de Jesucristo, el acontecimiento central de la historia: «*Pero encontraron que la piedra había sido retirada del sepulcro y entraron, pero no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. No sabían qué pensar de esto, cuando se presentaron ante ellas dos hombres con vestidos resplandecientes. Como ellas temiesen e inclinasen el rostro a tierra, les dijeron: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado. Recordad cómo os habló cuando estaba todavía en Galilea, diciendo: Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores y sea crucificado, y al tercer día resucite". Y ellas recordaron sus palabras*».

Como ya comenté someramente en la meditación **Cristo murió por nuestros pecados**, la verdad que llena de contenido nuestra fe es que Jesucristo vive. Estas mujeres ya se lo había oído decir, pero es ahora, con la asistencia del Espíritu Santo, cuando comprenden las palabras de Jesús. Ahora están en condiciones de ser testigos de la resurrección de Cristo: «*Regresando del sepulcro, anunciaron todas estas cosas a los Once y a todos los demás. Las que decían estas cosas a los apóstoles eran María Magdalena, Juana y María la de Santiago y las demás que estaban con ellas*».

Qué cosa tan asombrosa. La Iglesia es una gran *Traditio* del testimonio de la Resurrección de Cristo; un gran cadena en la que una generación recibe de la anterior y transmite a la siguiente esta verdad: Cristo vive, el Señor ha resucitado. Pues bien, el primer eslabón de esa enorme cadena que va llevando la Buena Nueva a todos los rincones de la tierra desde hace dos mil años es un pequeño grupo de mujeres de Galilea. Qué dignidad tan grande la de estas mujeres. Qué agradecido debía de estarles Jesús. Y cuánto tenemos que aprender de ellas. Nos enseñan varias cosas fundamentales:

.- a ser agradecidos, porque Jesucristo nos ha curado de la verdadera enfermedad, la enfermedad de muerte, que es el pecado; ese agradecimiento se manifestará en fe y amor;

.- a caminar por este mundo acompañando a Jesús; es lo que da sentido a la vida: Jesús nos llevará con Él a la Cruz y a la Resurrección;

.- a escuchar a Jesucristo; no importa si nos parece que no le entendemos, el Espíritu Santo nos recordará lo que nos ha dicho y nos irá llevando a comprenderlo cada vez más profundamente;

.- a poner  los bienes que de Dios hemos recibido al servicio de Cristo y de su obra redentora; así haremos un mundo más humano.

¿Cómo recibieron los que lo escucharon el testimonio de las mujeres de Galilea? De una manera lamentable: «*Todas estas palabras les parecían como desatinos y no les creían*». Pero no son desatinos, sino palabras muy dignas de fe. María, Juana, Susana, "y las demás que iban con ellas" nos indican, casi se podría decir que nos han abierto, el camino para ser cristianos. Ahora depende de cada uno.